



CAROLA VERCAIGNE



PORTADORES DE LUZ

MÁS ALLÁ



1.1.

El palpar frenético de su corazón bombeando sangre a la máxima velocidad era lo único que Nathan escuchaba. Acababan de cerrar la Puerta, pero apenas se habían movido un paso hacia adelante. Todos y cada uno de los Predestinados contemplaba con aprensión el terreno llano que se extendía ante ellos y que terminaba con brusquedad en la línea de árboles donde comenzaba la zona oscura. En cuanto se internaran en aquella oscuridad frondosa, la muralla, Imperia y sus familias quedarían atrás hasta que pudieran regresar con la cura... siempre y cuando consiguieran hallarla.

Tragó saliva. Casi era mejor no pensar en los posibles y centrarse en lo que sí era seguro, el ahora. Ni siquiera se permitió pensar en los Monstruos y Espectros que vivían en ese lado; con un rápido movimiento de su cabeza los desterró a la parte más lejana de su cerebro, allí donde ni el eco llegaba. Dispuesto a terminar de una vez con esa incómoda etapa que estaba a punto de afrontar, Nathan se relamió los labios.

—¿Y aho...? —no le dio tiempo a terminar la frase porque el grito lo interrumpió.

—Aahhhhhhhhhh...

Eris fue la primera en echar a correr con una determinación abrumadora. Ella, la más osada, chillando a pleno pulmón para espantar sus miedos o, tal vez, para insuflarse valor a sí misma. Nathan no lo sabía con certeza. Nada de lo que Eris hacía o decía era seguro porque, para él, toda ella era producto del caos. No obstante, verla correr con esa valentía y bizarría le llenó de brío y sintió que su fuerza se multiplicaba de manera exponencial.

—Aaaaaaaaahhhhhh... —la siguió Yered.

—Aaaaahhhh... —y, detrás, Zack.

Después, los únicos que quedaron fueron Daniel y él. Ambos se lanzaron una mirada fulminante e hicieron como el resto. Correr y gritar. Gritar y correr.

—Aaaaahhhh... —gritó Nathan lo más fuerte que su voz le permitía. Tomó aire y otra vez a empezar. Cuanto más gritaba, menos miedo sentía, así que continuó gritando como un pescador enfrentándose a una tormenta—. Aaaaahhhhhhhhhh.

Igual que delfines que surcan el mar, los cinco corrieron a toda velocidad hasta que dejaron atrás el terreno llano y, sin pensárselo dos veces, se adentraron en el bosque con sus armas en ristre y sus voces al viento. Dispuestos a matar, morir o lo que fuera aquello a lo que estaban destinados.

Nathan saltó rocas y troncos caídos. Esquivó arbustos y árboles abriéndose camino como pudo, siguiendo a duras penas a sus amigos entre ese entresijo de

plantas, maleza, raíces y piedras por las que sus pies no estaban acostumbrados a transitar. Ese no era su terreno, pero ni mucho menos tenía intención de acobardarse.

Durante un buen rato corrieron sin aminorar la marcha y, de no ser por la inquietud que de pronto se adueñó de ellos, podrían haber llegado así hasta el fin del mundo.

Como si una trampa los hubiese pegado al suelo, igual que habían empezado a correr, los cinco se detuvieron en seco casi a la par.

—¿Dónde están? —farfulló Eris, girando sobre sí misma con su látigo metálico listo y preparado para el ataque.

No hicieron falta explicaciones porque bien sabían todos a lo que la Pils se refería. ¿Y los Monstruos? ¿Por qué no estaban despedazándolos?

—A lo mejor los hemos asustado con nuestros gritos —dijo Yered con la voz entrecortada por la carrera, sosteniendo su espada en alto.

—O son nocturnos y ahora están durmiendo —apuntó Zack sin disimular el miedo que hablar sobre aquel tema sin tapujos le provocaba.

—Con los gritos que hemos dado bien podían haberse despertado —sentenció Nathan a su vez, haciendo un ademán con el sable para cortar una enredadera cercana.

—Lo que sí es seguro es que no podemos quedarnos aquí plantados como musarañas a esperar que aparezcan —repuso Daniel, tan incómodo como los demás por la quietud que les rodeaba.

—Bien, sigamos adelante —dijo Eris afirmando con la cabeza.

—Sí, vale, pero ¿hacia dónde? —preguntó Nathan, rascándose la barbilla y sonriendo con atrevimiento. Orientarse en ese paraje le parecía imposible.

—Hacia donde se pone el sol. El oeste —respondió el Ságrito con voz queda.

Alzaron la vista buscando la resplandeciente estrella sin hallarla. Aquel lugar tenía mucho que ver con el bosque que constituía el sector de los Pils. Los árboles, las hojas, las lianas y las enredaderas formaban una cúpula en lo alto que apenas dejaba pasar la claridad del día. Exasperada, Eris soltó un resoplido. Con brusquedad dejó caer su mochila y, con una agilidad fuera de lo común, se encaramó al tronco de uno de los árboles más cercanos. La vieron escalar con ligereza, igual que si fuera una ardilla, hasta que la perdieron de vista entre la espesura. Nathan se llevó el pulgar a la boca y se mordisqueó la uña sin apartar la vista de ella.

—Genial, ¿cómo no se nos ocurrió coger una brújula? —dijo, enojado por su extrema estupidez.

—Porque no somos exploradores —añadió Daniel con un resoplido mientras se quitaba el flequillo de delante de los ojos con un ademán.

—¡Por allí! —señaló Eris en cuanto volvió a estar a su nivel, colocándose de nuevo la mochila a la espalda.

Andaban rápido, o más bien corrían, con sus sentidos puestos en el entorno que les rodeaba. Al principio, hasta las sombras les hacían detenerse a la más mínima ocasión y ponerse en guardia, pero en pocas horas el paisaje se volvió de lo más repetitivo; un árbol, dos árboles, un arbusto, musgo, un árbol, dos árboles, un arbusto, musgo... y así en constante sucesión. Monotonía rota por el ruido de sus pasos al pisotear el terreno plagado de cosas crujientes y por los cantares y gorjeos de los pájaros que casi nunca conseguían ver. De vez en cuando escuchaban lo que podía ser un griterío, pero siempre muy lejos de donde ellos estaban. Esa tranquilidad a Nathan le llenaba de intranquilidad y la misma intranquilidad en él se convertía en impaciencia.

Aunque no se atreviera a admitirlo, estaba muerto de miedo y no podía dejar de pensar en regresar a Imperia. Volver sobre sus pasos y cerrar la Puerta tras de sí para respirar tranquilo de nuevo. Era una sensación con la que estaba más que familiarizado desde que comenzara esa inquietante aventura. Lo que más anhelaba era correr en la dirección contraria a la que tomaba. ¿Y si no hemos buscado lo suficiente? ¿Y si la respuesta está en Imperia? ¿Y si de verdad somos los únicos supervivientes del mundo y solo hallamos la muerte? ¿Y si nos perdemos y no sabemos regresar? ¿Y si...? ¿Y si...?. Pero no dijo nada. Como el resto, siguió corriendo sin parar, cuestionándose una y otra vez si sus amigos sentirían lo mismo que él. De hecho, por un leve instante, estuvo tentado de detener su carrera y preguntarles, pero pensó que haciéndolo no conseguiría nada salvo perder el preciado tiempo que tenían y hacerlos dudar. Esas preguntas debía haberlas hecho antes de salir y no allí, en medio de la nada, con Monstruos horribles devoradores de carne humana escondidos en cualquier lugar. Acechando.

«Monstruos y Espectros esperando en las sombras. Monstruos y Espectros capaces de causar más dolor y sufrimiento del jamás imaginado. Monstruos adoradores de la tortura. Espectros conocedores de las artes más antiguas del engaño y los delirios del alma», repitió para sus adentros lo que los Ságritos recitaban en el Santuario como la tabla de fórmulas de agua en el instituto.

Pensó en Laura y en su disparatada pretensión de convertirse en exploradora. Sin quererlo, ellos, los cinco Predestinados, acababan de cumplir su sueño. Estaban en la zona oscura y en cualquier momento podrían cruzarse con uno de esos Monstruos de pesadilla que auguraban los Ságritos. Nathan nunca entendió el deseo de Laura de ser exploradora, aunque decir que no lo entendió no era expresarlo bien. La entendía porque, en el fondo, todos los Imperianos querían lo mismo. Querían ver lo que había al otro lado. Salir del sector donde estaban prisioneros, aun a costa de toparse cara a cara con la muerte, por el simple hecho de ser testigos de algo destinado a unos pocos valientes como eran los exploradores. Porque eso estaba claro. Los exploradores eran los más valientes de Imperia y, aunque no imposible, era raro, muy raro, que un explorador llegara a viejo. Sin embargo, de sobra sabía él que a Laura ese nimio detalle era lo que menos le preocupaba. Ella se imaginaba arrasando el mal y siendo la fuerza liberadora de los Imperianos. Ella haría caer los muros y les daría a los suyos lo que ansiaban, la libertad total. Nathan siempre supo que lo que Laura quería iba más allá de lo que quería él. Laura deseaba vencer a los Monstruos, luchar y matar a las bestias que los sitiaban y que habían exterminado el mundo antiguo sin que le importara cómo fueran o qué pudieran hacerle. Esa era otra de las cosas que le diferenciaban de ella. Él sí tenía miedo de lo que pudiera encontrar y por eso prefería una vida tranquila lejos de las inquietudes que el desconocimiento le provocaba.

«Tengo miedo de cómo pueden ser los Monstruos porque no tengo ni idea de cómo son, pero sí de lo que son capaces de hacer. Y, aun así, estoy deseando que aparezcan y terminen con esta agónica espera. ¿Dónde están? ¿Por qué no nos atacan?».

Fue entonces cuando una idea acudió a su mente. Algo en lo que Nathan no se había detenido a pensar porque la sola mención de la palabra Monstruo le ponía los pelos de punta, pero si además iba acompañada de Espectro, el miedo se multiplicaba por diez. Los Ságritos repetían día sí y día también el motivo por el que se escondían de lo que había en la zona oscura, pero nunca les decían cómo eran esos Monstruos. ¿Tenían dos cabezas, dientes de tiburón y ojos envenenados

de serpiente? ¿Eran bestias disfrazadas de humanos? ¿Tal vez mitad hombre y mitad animal? ¿Eran grandes como el Leviatán o pequeños como las lapas que se pegaban a las rocas? ¿Podían controlar los elementos como ellos? Al final, cada cual se los imaginaba a su manera y, salvo los exploradores que se encontraban cara a cara con esas bestias de pesadilla, nadie sabía con certeza cómo eran porque los Ságritos jamás lo mencionaban en sus discursos. Ese detalle hizo que Nathan se detuviera por una milésima de segundo y su mente se topara con una muralla alta y dura como la de Imperia. Ellos, como los exploradores que pisaron esas tierras mucho antes, iban a ciegas. Los Ságritos hablaban de Monstruos y Espectros, pero nunca describían cómo eran ni cuáles eran sus formas de atacar. Eso sí, se recreaban con jocosidad en las mil maneras en las que podían torturarlos hasta suplicar que los mataran. Relataban con detalle las muertes espantosas que los cuerpos de los exploradores hallados revelaban y también conjeturaban sobre lo que les podía haber ocurrido a los desaparecidos.

«Alimentando nuestro miedo», se dijo Nathan entrecerrando los ojos y perdiéndose en la pared blanca que era el vacío de su conciencia, el lugar donde las ideas se hacían claras y fluían con facilidad. Tocó mentalmente la roca blanca de ese muro; era como la cal y se deshacía entre sus dedos, como pasaba con la roca del sueño que le acechaba noche tras noche, pero en este caso, detrás de la pared hallaba preguntas y también respuestas. «Pero ¿por qué? ¿Por qué los Ságritos les iban a engañar?», respiró hondo concentrado en dar solución a la pregunta. «Nos engañan porque el miedo es el mayor opresor del espíritu y solo los más valerosos se atreven a hacerle frente». En este caso, en vez de respirar contuvo el aliento por lo que acababa de pensar. «Así no nos rebelamos». Nathan echó la vista hacia Eris, situada en la cabeza de la fila. «Ella tiene razón. Los Ságritos nos controlan, somos sus siervos. ¿Ellos son los Monstruos? ¿No hay Monstruos ni Espectros? No existen, porque si existieran, ¿a qué esperan para venir a por nosotros? Ya no hay muro, entonces... ¿Dónde océanos están? Han tenido a una nación entera prisionera, ¿por qué no atacan?».

El contacto de la mano de Zack en su hombro le hizo dar un respingo y regresar al bosque. Miró receloso al joven Ságrito preguntándose si él sabría la verdad.

«Él no tiene la culpa. No es más que un muchacho al que le ha tocado vivir en el lugar equivocado», resopló con ironía para sus adentros. «Como a todos nosotros. Porque... ¿cuál es el lugar correcto?».

—Creo que... he... he... he... visto algo —farfulló Zack en voz baja, señalando hacia los árboles.

«¿Qué?».

Nathan le costó unos segundos reaccionar al significado de esas palabras y a la cara de susto con la que Zack las acompañaba. Dio una gran bocanada de aire oxigenándose las ideas que le presionaban la cabeza. Justo después, su mano voló a la empuñadura de su sable y, en cuanto lo sacó, se quedó quieto y expectante como sus amigos, mirando en la dirección que señalaba el Ságrito. Podía sentir el corazón llamando a su pecho con desesperación. Tragó saliva, obligándose a sosegar, y escudriñó el lugar.

—No hay nada —pronunció Eris moviendo los labios muy despacio, quieta como una estatua, pero preparada para enfrentarse a lo que fuera.

—Sí, he visto algo. Era... blanco... era... era un, un... un Espectro —insistió el Ságrito dando un paso atrás, tartamudeando. Nathan observó su rostro ceniciento y las pupilas de sus ojos dilatadas al máximo—. Un Espectro blanco...

estamos rodeados de ellos. Se... se esconden cuando miramos en la dirección en la que se encuentran. Los, los... los he visto. ¡Estoy seguro!

«¡Santo Océano!», exclamó para sus adentros, barriendo frenético el lugar con la mirada. Pero, como Eris, él tampoco vio nada. Árboles, ramas, hojas, enredaderas, plantas, muchísimas plantas, y oscuridad, también oscuridad. Nada más. «Ni ojos rojos, ni blancos, ni negros, ni nada. Ni Espectros, ni Monstruos... ¡No hay nada!», se repitió una y otra vez en su cabeza como si con el simple hecho de repetirlo pudiera hacerlo realidad. «¡Pero si no existen! No existen, es mentira, jamás han existido», gritó su otro yo, la voz de la conciencia contraria. La que se paraba cuando él corría y la que corría cuando él se detenía. A veces esa conciencia era él y otras no. «¡Claro que existen! ¿Por qué si no miles de hombres levantarían un muro alto como el cielo con tal de sentirse a salvo y escapar de la muerte?».

—¡Sí, están ahí! ¡Están por todas partes! ¡Por todas partes! —siguió diciendo Zack, insistiendo con firmeza.

—¿Es... Es... Espectro? —preguntó Yered con pavor, tartamudeando como un niño pequeño.

—¡Están por todas partes! —repitió Zack gritando con voz aguda, moviéndose con agitación y provocando que algunos pájaros alzarán el vuelo desde las sombras, asustándolos más aún.

La situación empeoraba por segundos. El Ságrito cada vez hablaba más alto y también más rápido, lo que conllevaba que casi no se le entendiera. Más que hablar, Zack balbuceaba como una gaviota a la que está atacando un banco de barracudas. El pánico se estaba adueñando de él y Nathan sabía lo que venía después: la histeria. No eran muchas las veces en las que había tenido ocasión de presenciar las fases del miedo, pero en las pocas en las que sí lo había hecho, en su mayoría en el Torneo de los Hijos, siempre seguían el mismo patrón: miedo, pánico, histeria, descontrol. Algunas veces ese descontrol desembocaba en furia y lucidez, que llevaban al que las estaba pasando a sobrevivir. Pero, en otras, sucedía lo contrario y el descontrol terminaba por aniquilarlos. De todos modos, lo peor de la histeria era que se contagiaba y eso era lo que les estaba ocurriendo a los demás.

Nathan se estremeció. Los Monstruos les perseguían. La muerte rondaba cerca y casi podían oler el tufo nauseabundo que la acompañaba.

«No, no hay nada. ¡Es el pánico el que viene a por mí!».

—¿Dónde? ¿Dónde están? —Yered daba vueltas sobre sí mismo, y aunque Nathan no se daba cuenta, él también hacía lo mismo.

Los Predestinados giraban sobre sus puntillas buscando al Espectro que con sola visión había convertido a Zack en un demente desquiciado.

—¿Por qué no los vemos? —musitó Eris manteniendo la expresión hosca de su rostro inalterable y la espalda tensa. Con una mano aferraba el puño de cuero de su látigo y con la otra sostenía el machete con el que abría el paso a través de la maleza.

—¿Pueden hacerse invisibles? —preguntó Nathan con un hilo de voz.

Los ojos de Yered se abrieron hasta ser el doble de grandes de lo normal.

—¿Invisibles? —repitió el Cuerno.

—¡Calmaos! —les gritó Daniel. Era el único que parecía conservar la cordura, pero ninguno le hizo caso porque el miedo imponía más que él.

—Si son invisibles no podremos vencerlos —dijo Yered y tanto Nathan como Zack afirmaron con rotundidad. ¿Cómo puedes matar lo que no eres capaz de ver?

—¡Están rodeándonos! —chilló Zack.

Sorteando a Eris, que estaba a su lado, Daniel dio unos pasos en dirección a Zack, lo cogió de la pechera y lo zarandeó.

—¡No hay nada! —exclamó el Escupe Fuego con la voz tensa, pero sin perder el control, como les estaba pasando a todos—. ¡Estás paranoico! Zack, escúchame, tienes que mantener la calma.

—¡Sí, los he visto!, ¡los he visto! —repitió Zack con la mirada ida.

—Te lo has imaginado —dijo Daniel, vocalizando cada sílaba con una parsimonia desquiciante. Pero, sin dejarse convencer, Zack negó, cegado por sus ideas.

—Vamos a morir, vamos a morir —aulló el Ságrito, convencido de que iba a ser así.

—Lo siento —se disculpó Daniel antes de arrearle a Zack un puñetazo en la cara.

Nathan no se sorprendió cuando el golpe de Daniel empujó a Zack con brusquedad y lo hizo caer al suelo. Todos enmudecieron y los delirios se ahogaron en sus gargantas como si también hubieran sido golpeados por el Escupe Fuego. Sin duda, un buen puñetazo era el mejor de los remedios para dar por terminada la histeria. Un puñetazo o cortar la cabeza del histérico. ¡Sí, esos eran los dos mejores remedios!

Igual que ellos, el bosque entero se quedó en completo silencio, ayudándoles a recobrar la calma. Nathan contuvo el aliento y cerró un segundo los ojos. Al abrirlos apreció cómo Zack se tocaba el labio con el dedo y miraba desconcertado la sangre que se lo manchaba. Después alzó la vista hacia Daniel, que seguía muy firme plantado ante él.

—Hay que mantener la calma e intentar pasar desapercibidos. Gritando y actuando como chiquillos no vamos a conseguir más que el que nos maten y yo no tengo intención de morir aquí. ¿Me has entendido, Zack? —expuso Daniel a modo de respuesta a las preguntas que el Ságrito pudiera estar haciéndose, pero también explicándoles a los demás lo que ya sabían. Nathan asintió, tragando la bola de saliva caliente que le llenaba la boca.

En cuanto retomaron la marcha, Nathan volvió a respirar con normalidad, recobrando poco a poco la cordura que había estado a punto de perder. Pronto, sus pasos recuperaron la cadencia y en apenas unos minutos los cinco estaban corriendo por aquel terreno salvaje tan rápido como al principio, en un ritmo continuo de saltos y zancadas.

Aminorando a propósito su paso, Nathan se colocó al lado de Zack. Con disimulo observó al Ságrito, fijándose en que este no apartaba la vista de los árboles. De manera compulsiva, el muchacho seguía buscando a los Espectros con los ojos cargados a reborar de miedo y Nathan no pudo evitar preguntarse si de verdad había visto a un Espectro o simplemente había creído verlo.

«Lo que está claro es que él piensa que existen», se dijo sin dejar de estudiar la cara pálida del Ságrito. «Pero, entonces, ¿existen o no existen?», volvió a cuestionarse retomando las ideas que le llenaban la cabeza justo antes de que Zack las interrumpiera con sus delirios. «¿Y si está tan manipulado como nosotros y de verdad los Ságritos Menores no se diferencian demasiado de la gente de los sectores? Entonces, ¿era verdad o mentira? ¿Podían los Ságritos creerse sus propias invenciones hasta el punto de pensar que decían la verdad? ¿Y si soy yo el que me engaño buscándole pies al pez?». Trató de tragar saliva, pero esta vez le fue casi imposible porque tenía la boca seca como la arena. Resopló fatigado, abrumado por el silencio que le llevaba a pensar millones de cosas diferentes que iban de un extremo a otro, zarandeándole sin piedad. Son

buenos, son malos. Existen los Monstruos y no existen. Verdad y mentira. Ya no estaba seguro de lo que tenía que pensar.

Para aclararse un poco las ideas, se mojó los labios con el agua fresca de la cantimplora que llevaba atada a su bolsa. Después, en absoluto silencio, se la pasó a Zack. Al devolvérsela, Nathan leyó la palabra *gracias* en sus ojos, pero también vergüenza o puede que fuera otra cosa, algo que no llegó a descifrar.

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES Y LLÉVATELO A CASA.

**“IMPERIA II. PORTADORES DE LUZ”
ESTÁ EN [AMAZON](#)
EN FORMATO DIGITAL Y FÍSICO**

**SIGUE A: @CarolaVerc EN TUS REDES SOCIALES Y NO TE
PIERDAS NADA DE LO QUE ESTÁ POR LLEGAR.**

<http://carolavercaine.com/>



SI TE GUSTAN LOS MARCAPÁGINAS DE LOS PERSONAJES, EN [LA WEB DE CAROLA](#)
LOS TIENES PARA DESCARGAR.

